

# Sal y Luz

Domingo XXVI Tiempo Ordinario (A)- 27 de Sept. de 2020

Nº45 Parroquia San Carlos Borromeo

*Hoy, nos llama a través de la parábola de los dos hijos, que cuando su padre les pide que vayan a la viña responden: el primero no, pero luego va; el segundo sí, pero luego no va. Hay, sin embargo, una gran diferencia entre el primer hijo, que es perezoso, y el segundo, que es hipócrita. Intentemos imaginar lo que pasó dentro de ellos. En el corazón del primero, después de decir no, resonaba aún la invitación de su padre; en cambio en el segundo, a pesar del "sí", la voz de su padre estaba enterrada. El recuerdo del padre despertó al primer hijo de la pereza, mientras que el segundo, que en cambio sabía donde estaba el bien, contradijo el decir con el hacer. Se había vuelto impermeable a la voz de Dios y de la conciencia y de esta forma había abrazado sin problemas la doblez de vida. (Papa Francisco-1.10.2017)*



Gerardo Hernando, *La Toga Verde*, Acuarelas

***Se arrepintió y fue..***

***Los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de los cielos***

***(Mt 21, 28-32)***

# COMENTARIO

**1ª lectura: Ez 18, 25-28:** *Cuando el malvado se convierte de la maldad, salva su propia vida*

**Salmo Resp. 24:** *Recuerda Señor tu ternura*

**2ª lectura: Flp 2,1-11:** *Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús*

**Evangelio: Mt 21, 28-32:** *Se arrepintió y fue...*

## ¿ARREPENTIDOS O IMPENITENTES?

**podemos elegir entre ser pecadores que siguen escuchando al Señor y que cuando caen se arrepienten y se levantan, o ser pecadores listos para justificarse siempre según lo que les conviene.**

### 1.- Introducción:

Si el impío debe cargar con las consecuencias de su pecado, ¿hay lugar para el arrepentimiento? Ezequiel había esbozado poco antes del fragmento que se lee hoy con acento emocionado una de las fórmulas más bellas de la misericordia divina: *¿Acaso me agrada la muerte del impío..., y no que se convierta de sus caminos y viva?* (v. 23; cfr 33,11). Ahora responde: si el impío se aparta de la impiedad que había obrado y hace justicia y derecho, él mismo se dará la vida (v. 27).

La primera lectura, del profeta Ezequiel, se refiere a la conversión tardía. Los caminos de la vida son confusos y no pocas veces inextricables. El hombre puede perderse primero en los dominios del pecado, lejos de Dios. Quizá dice, como el primer hijo del evangelio, un claro “no” al Padre. Pero para poder pronunciar este no es preciso haber oído antes la exigencia divina, y como ésta deja siempre un eco en el alma, el pecador se siente incómodo con su conducta. La mala conciencia le persigue y por así decirlo le estropea el placer que proporciona el pecado: murmura como Israel contra el Dios aguafiestas: *No es justo el proceder del Señor* (Ez 18,2S), pero sabe que Dios no puede ser injusto. Es lo que le sucedió a la pecadora arrepentida que regó con sus lágrimas los pies de Jesús en casa del fariseo (Lc 7). Una conversión, aunque sea tardía -piénsese por ejemplo en la conversión del buen ladrón en la cruz-, es un acontecimiento tan esencial para Dios que éste lava todos los pecados anteriores en silencio y comienza una contabilidad totalmente nueva en la vida del pecador convertido. Los datos de esta vida no son agregados o sumados al final, en el juicio, sino que, cuando comienza la nueva vida, se produce un borrón y cuenta nueva. Por eso los publicanos y las prostitutas pueden llegar al reino de los cielos antes que los fariseos.

La segunda lectura muestra que lo realmente importante no es tanto decir

sino hacer. **O mejor dicho decir, haciendo.** El ejemplo más eminente es el propio Jesucristo, que se despojó de su rango, tomó la condición de esclavo y se hizo obediente a Dios hasta la muerte de cruz.

Al principio del himno (vv. 6-8) se evoca el contraste entre Jesucristo y Adán, que siendo hombre ambicionó ser como Dios (cfr. Gn 3,5). Por el contrario, Jesucristo, siendo Dios, *se anonadó a sí mismo* (v. 7). *Al afirmar que se anonadó no indicamos otra cosa sino que tomó la condición de siervo, no que perdiera la divina. Permaneció inmutable la naturaleza en la que, existiendo en condición divina, es igual al Padre, y asumió la nuestra mudable, en la cual nació de la Virgen* (S. Agustín, Contra Faustum 3,6). La obediencia de Cristo hasta la cruz (v. 8) repara la desobediencia del primer hombre. *El Hijo unigénito de Dios, Palabra y Sabiduría del Padre, que estaba junto a Dios en la gloria que había antes de la existencia del mundo, se humilló y, tomando la forma de esclavo, se hizo obediente hasta la muerte, con el fin de enseñar la obediencia a quienes sólo con ella podían alcanzar la salvación* (Orígenes, De principiis 3,5,6).

Dios Padre, al resucitar a Jesús y sentarlo a su derecha (vv. 9-11), concedió a su Humanidad el poder manifestar la gloria de la divinidad que le corresponde, es decir, **el nombre de Dios**. Toda la creación quedó sometida a su bondadoso poder, y los hombres deberán confesar la verdad fundamental de la doctrina cristiana: que *Jesucristo es el Señor* o lo que es lo mismo el Señorío de Cristo sobre nosotros. ¡Jesús es nuestro Señor!

Y la gran exhortación de San Pablo a la comunidad pretende únicamente lograr que todos sus miembros tengan la misma vida que Jesús ha venido a darnos. Al igual que Cristo no hizo alarde de su categoría divina, sino que murió en la cruz por todos sus hermanos y hermanas, así también el cristiano, acogiendo la vida de Jesús, no hace nada por envidia ni por ostentación. **El “sí” del segundo hijo del evangelio era pura ostentación:** quería aparecer como el hijo modelo, con lo que se convierte automáticamente en un falso miembro de la comunidad de Cristo.

## **2.- El Poder de la Misericordia y del perdón:**

*Oh Dios, que manifiestas especialmente tu poder con el perdón y la misericordia...* decimos en la oración colecta de este domingo. Escuchamos en la primera lectura **cómo Dios ha manifestado en la historia de Israel el poder de su misericordia**. La experiencia del exilio en Babilonia había hecho caer al pueblo en una profunda crisis de fe: ¿Por qué sobrevino esta calamidad? ¿Acaso Dios no era verdaderamente poderoso?

Ante todas las cosas que suceden hoy en el mundo, algunos piensan que Dios

no puede ser omnipotente. Frente a esto, nosotros profesamos nuestra fe *en Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra*. Y nos alegramos y agradecemos que Él sea omnipotente. Pero, al mismo tiempo, debemos darnos cuenta de que Él ejerce su poder de manera distinta a como nosotros, los hombres, solemos hacer. Él mismo ha puesto un límite a su poder al reconocer la libertad de sus criaturas. Estamos alegres y reconocidos por el don de la libertad. Pero cuando vemos las cosas tremendas que suceden por su causa, nos asustamos. Fiémonos de Dios, cuyo poder se manifiesta sobre todo en la misericordia y el perdón. No lo dudemos: Dios desea la salvación de su pueblo. Desea nuestra salvación, mi salvación, la salvación de cada uno. Siempre, y sobre todo en tiempos de peligro y de cambio radical, Él nos es cercano y su corazón se conmueve por nosotros, se inclina sobre nosotros. Para que el poder de su misericordia pueda tocar nuestros corazones, es necesario que nos abramos a Él, se necesita la libre disponibilidad para abandonar el mal, superar la indiferencia y dar cabida a su Palabra. **Dios respeta nuestra libertad. No nos coacciona. Él espera nuestro “sí” y, por decirlo así, lo mendiga.**

### **3.- El Evangelio: el tercer hijo misterioso de la parábola**

Jesús retoma en el Evangelio este tema fundamental de la predicación profética. Narra la parábola de los dos hijos enviados por el padre a trabajar en la viña. El primer hijo responde: «*No quiero*». *Pero después se arrepintió y fue* (Mt 21, 29). El otro, sin embargo, dijo al padre: «*Voy, señor*». *Pero no fue* (Mt 21, 30). A la pregunta de Jesús sobre quién de los dos ha hecho la voluntad del padre, los que le escuchaban responden justamente: *El primero* (Mt 21, 31). El mensaje de la parábola está claro: no cuentan las palabras, sino las obras, los hechos de conversión y de fe. Jesús dirige este mensaje a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo de Israel, es decir, a los expertos en religión de su pueblo. En un primer momento, ellos dicen “sí” a la voluntad de Dios. Pero su religiosidad acaba siendo una rutina, y Dios ya no los inquieta. Por esto perciben el mensaje de Juan el Bautista y de Jesús como una molestia. Así, el Señor concluye su parábola con palabras drásticas: *Los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis* (Mt 21, 31-32). Traducida al lenguaje de nuestro tiempo, la afirmación podría sonar más o menos así: los agnósticos que no encuentran paz por la cuestión de Dios; los que sufren a causa de sus pecados y tienen deseo de un corazón puro, están más cerca del Reino de Dios que los fieles rutinarios, que ven ya solamente en la Iglesia el sistema, sin que su corazón quede tocado por esto: por la

fe.

**De este modo, la palabra nos debe hacer reflexionar mucho, es más, nos debe impactar a todos.** Sin embargo, esto no significa en modo alguno que se deba considerar a todos los que viven en la Iglesia y trabajan en ella como alejados de Jesús y del Reino de Dios. No, este el momento de decir más bien una palabra de profundo agradecimiento a tantos colaboradores, empleados y voluntarios, sin los cuales sería impensable la vida en las parroquias y en toda la Iglesia. Pienso en tantas personas de nuestra parroquia.

**Pero en el espíritu de la enseñanza de Jesús se necesita algo más: un corazón abierto, que se deja conmover por el amor de Cristo, y así presta al prójimo que nos necesita más que un servicio técnico: amor, con el que se muestra al otro el Dios que ama, Cristo.** Entonces, también a partir de Evangelio de hoy, preguntémonos: ¿Cómo es mi relación personal con Dios en la oración, en la participación en la Misa dominical, en la profundización de la fe mediante la meditación de la Sagrada Escritura y el estudio del Catecismo de la Iglesia Católica? La renovación de la Iglesia puede llevarse a cabo solamente mediante la disponibilidad a la conversión y una fe renovada.

**En el Evangelio de este domingo se habla de dos hijos, pero tras los cuales hay misteriosamente un tercero.** El primer hijo dice no, pero después hace lo que se le pide. El segundo dice sí, pero no cumple la voluntad del padre. **El tercero dice “sí” y hace lo que se le pide. Este tercer hijo es el Hijo unigénito de Dios, Jesucristo.** Jesús, entrando en el mundo, dijo: *He aquí que vengo... para hacer, joh Dios!, tu voluntad* (Hb 10, 7). **Este “sí”, no solamente lo pronunció, sino que también lo cumplió y lo sufrió hasta en la muerte.** En el himno cristológico de la segunda lectura se dice: *El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz* (Flp 2, 6-8). Jesús ha cumplido la voluntad del Padre en humildad y obediencia, ha muerto en la cruz por sus hermanos y hermanas y nos ha redimido de nuestra soberbia y obstinación. **Démosle gracias por su sacrificio, doblemos las rodillas ante su Nombre y proclamemos junto con los discípulos de la primera generación: “Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 10).**

\* \* \* \* \*

## EL COMENTARIO DE LOS PADRES

**S. Clemente de Alejandría, Libro sobre la salvación de los ricos (39-40: PG 9, 643-646)**

### ***La verdadera penitencia consiste en no recaer en las mismas faltas***

El que de todo corazón se convierte a Dios tiene las puertas abiertas, y el Padre recibe con los brazos abiertos al hijo realmente arrepentido. Ahora bien, la verdadera penitencia consiste en no recaer en las mismas faltas, arrancando de raíz los pecados por los que reconoce ser reo de muerte. Eliminados éstos, Dios volverá a morar nuevamente en ti. Cristo afirmó que, en el cielo, cuando un pecador se convierte y hace penitencia, el Padre y los ángeles experimentan un grandísimo e incomparable gozo y una alegría festiva. Por eso exclamará también: Quiero misericordia y no sacrificios. No quiero la muerte del pecador, sino que cambie de conducta. Aunque vuestros pecados sean como púrpura, blanquearán como nieve; aunque sean rojos como escarlata, quedarán como la lana.

En efecto, sólo Dios puede perdonar los pecados y no imputar los delitos; lo que no obsta para que también a nosotros nos tenga mandado perdonar cada día a los hermanos arrepentidos. Y si nosotros, que somos malos, sabemos dar cosas buenas, ¿cuánto más el Padre de misericordia, aquel buen Padre de todo consuelo, que rebosa de entrañas de misericordia y es rico en clemencia, propenso a usar de una infinita paciencia y que aguarda a quienes se convierten? Convertirse sinceramente significa acabar con el pecado y no volver más la vista a lo que queda atrás.

Así pues, Dios otorga el perdón de las culpas pasadas; el no reincidir en el futuro queda a la responsabilidad de cada cual. Y arrepentirse supone dolerse de las faltas cometidas, y pedir con insistencia al Padre que las eche definitivamente en olvido, él que es el único capaz de, en su misericordia, dar por no hecho lo hecho, y abolir con el rocío del Espíritu los delitos de la vida pasada.

¿Quieres tú, ladrón, que se te perdone tu delito? Deja de robar. Devuelve, y con creces, lo que has robado. Tú que eres un testigo falso, aprende a ser veraz; tú que eres un perjurio, abstente del juramento y rompe con los demás afectos viciosos. Tal vez resulte imposible romper inmediatamente y a la vez con los afectos inveterados; pero la cosa resultará viable si contamos con la gracia de Dios, las oraciones de los amigos y la ayuda fraterna, unido todo a una verdadera penitencia y a una asidua meditación.

**S. Juan Crisóstomo, Homilias 67**

*El que está en pie puede caer, y el que ha caído, levantarse*

Nadie, por ende, de los que se hallan en pecado, desespere; nadie tampoco, de los que practican la virtud, se adormezca ni se fíe de su virtud, pues muchas veces le pasará delante una ramera. Ni tampoco el pecador desespere, pues muy posible es que también él pase delante a los primeros. Escuchad lo que dice Dios a Jerusalén: Díjele después de cometer todas estas impurezas: Conviértete, y no se convirtió. Lo que quiere decir que, por lo menos cuando nos volvemos al ardiente amor de Dios, Dios no nos echa ya en cara lo pasado. No es Dios como los hombres. Dios, si nos arrepentimos, no nos reprocha lo pasado ni nos dice: ¿Cómo te descuidaste durante tanto tiempo? Si nos volvemos a Él, nos ama. Lo que cumple es que nos volvamos debidamente. Unámonos, pues, con Él ardientemente, clavemos nuestros corazones con su temor. Conversiones así no sólo se han dado en el Antiguo, sino también en el Nuevo Testamento. ¿Quién fue peor que Manasés? Y, sin embargo, pudo hacerse a Dios propicio. ¿Quién más afortunado que Salomón? Y, sin embargo, por haberse adormecido, cayó.

Más aún, en una sola persona os puedo hacer ver lo uno y lo otro: en el padre mismo de Salomón, Porque David fue en ocasiones bueno y en ocasiones malo.

¿Quién más feliz que Judas? Y, sin embargo, vino a parar en traidor, ¿Quién más miserable que Pablo? Y, sin embargo, se convirtió en apóstol. ¿Quién peor que Mateo? Y vino a ser evangelista. ¿Quién más envidiable que Simón? Y también éste vino a ser el más miserable de todos. ¡Cuántas otras transformaciones semejantes no cabe citar, ora de antiguo sucedidas, ya de las que aun ahora suceden diariamente! De ahí que os repito: ni el que está en el teatro desconfíe ni el que está en la iglesia tenga temeraria confianza. A éste se le dice: El que crea estar en pie, tema no caiga; y a aquél: ¿El que cae, no se levanta? Y: Enderezad las manos flojas y las rodillas desatadas. Nuevamente a los unos les dice: Vigilad. Y a los otros: Levántate tú que duermes y resucita de entre los muertos. Los unos han de vigilar por guardar lo que tienen; los otros esforzarse por ser lo que no son. Aquellos han de guardar la salud; éstos, librarse de su enfermedad.

Porque están ciertamente muy enfermos; y sin embargo, muchos enfermos se curan, y muchos sanos, si son negligentes, enferman. A los unos se les dice: Mira que ya estás curado, no peques más, no sea te suceda algo peor. Y a los otros: ¿Quieres curarte? Pues toma tu camastro y echa a andar y vete a tu casa.

Porque terrible, terrible parálisis es el pecado, o, por mejor decir, no sólo parálisis, sino algo más grave. Porque el pecador no sólo es impotente para el bien,

sino muy activo para el mal. Y, sin embargo, aun cuando tal sea tu situación, con un poco que quieras levantarte, todos tus males pueden desaparecer. Aun cuando lleves treinta y ocho años enfermo, con un poco de empeño que pongas en curarte, nadie te lo podrá impedir. También ahora se presenta delante de ti Cristo y te dice: Toma tu camilla. Basta que quieras: levántate. No desesperes. No tienes hombre, pero tienes a Dios. No tienes quien te arroje en la piscina, pero tienes quien hará que no tengas necesidad alguna de piscina. No tienes quien te meta en ella, pero tienes quien te manda que tomes tu camilla y camines. Aquí no cabe decir: Mientras yo bajo, otro se me adelanta. Porque, si tú quieres bajar, nadie hay que te lo estorbe. Es ésta una gracia que no se gasta ni consume, una fuente que mana perennemente y de su plenitud nos curamos todos en el cuerpo y en el alma. Acerquémonos pues, también ahora.

Rahab, mala mujer era, y se salvó. El ladrón, asesino sería, y se convirtió en ciudadano del paraíso. Judas que estuvo con el Maestro, se hizo traidor; y el ladrón, estando en la cruz, se hizo discípulo. Tales son las sorpresas de Dios. De este modo fueron los Magos gloriosos; así el publicano se convirtió en evangelista; así el blasfemo en apóstol.

*El trabajo es breve; el premio, eterno*

Mira estos ejemplos y no desesperes jamás. Anímate más bien y levántate a ti mismo. Basta sólo con que entres por el camino que allí lleva y adelantarás rápidamente. No te cierres las puertas, no obstruyas la entrada. Breve es el tiempo presente, escaso el trabajo. Más aun cuando fuera mucho, ni aun así habría que desalentarse. Porque, aun cuando no tuvieses este trabajo, el más bello trabajo que existe, de la penitencia y la virtud, en el mundo, irremediabilmente, tendrás de otro modo trabajos también y fatigas. Si, pues, en uno y otro caso hay trabajo, ¿por qué no escoger el que lleva aparejado tan gran fruto y recompensa? Y, a decir verdad, tampoco es igual uno y otro trabajo. Porque, en los negocios terrenos, los peligros son continuos, los daños se suceden unos a otros, la esperanza es incierta, la servidumbre mucha, y el gasto de dinero, de cuerpo y de alma, constante. Y luego, el fruto y recompensa está siempre muy por bajo de la esperanza, si es que llegan; pues no siempre dan fruto tantas fatigas en las cosas de la vida. Más aun cuando los negocios no fracasen, sino que den mucho fruto, ése permanece poco tiempo. Allá cuando viejo, cuando tu capacidad de gozar será poco menos que nula, te rendirá provecho tu trabajo. Y es de advertir que el trabajo lo pones en todo el vigor de tu cuerpo; el fruto, en cambio, y el goce te llega cuando tu cuerpo está ya viejo y agotado, cuando el tiempo ha marchitado tu sensibilidad y, aun cuando no la hubiere marchitado, la perspectiva de la muerte no te ha de dejar



gozar. No así en la virtud. El trabajo es en el tiempo de la corrupción y en el cuerpo mortal; la corona, empero, en cuerpo inmortal y exento de vejez y que no ha de tener fin. El trabajo es lo primero y breve; la recompensa, posterior y sin término, a fin de que puedas ya descansar tranquilamente, sin perspectiva de molestia alguna. Porque allí no hay que temer ya cambio ni decadencia, como aquí.

¿Qué bienes, pues, son éstos, que no son ni seguros, que son breves y de barro, que antes de aparecer desaparecen, y que se ganan a costa de tantas fatigas? ¿Y qué bienes hay semejantes a aquéllos, que no se cambian, que no envejecen, que no nos producen fatiga alguna, y que en el momento mismo de los combates te traen la corona? Porque el que desprecia las riquezas, aquí mismo recibe ya su recompensa, libre que se ve de preocupaciones de envidias, de denuncias, de insidias y de malquerencia. El que vive casta y moderadamente, aun antes de salir de este mundo, es también coronado y vive entre delicias, libre igualmente que está de toda indecencia, ridiculez, peligros, acusaciones y de tantos otros inconvenientes. Y, por modo semejante, todas las otras virtudes nos dan ya desde aquí su recompensa.

\* \* \* \* \*

## CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que Dios te bendiga siempre con un arrepentimiento sincero!

Mi querido amigo, ¡cuanto me ha alegrado tu carta! según me cuentas, te estas recuperando de una estancia hospitalaria por el Coronavirus. Juntos alabamos, bendecimos y damos gracias a Dios.

Si te has acercado a las lecturas de este domingo

El evangelio de hoy es una bella oportunidad para meditar en el sentido de la fidelidad. Por lo pronto nos enseña que hay una fidelidad de palabras y otra de obras. Y que la que cuenta es la de las obras. Esa enseñanza nos queda clara. Pero hay otra enseñanza que está sugerida y que nos puede también servir mucho. Miremos que el segundo hijo tuvo la fidelidad de las obras pero también la rebeldía en sus palabras. ¿Qué nos indica esto?

Nos indica por lo menos dos cosas. Primera: Jesús no está hablando en abstracto o en general. Aquellos que dicen que sí al encargo del padre y que luego no lo hacen corresponden a los fariseos o los escribas, que se tienen en muy alta estima a sí mismos porque conocen muy bien lo que Dios quiere y hacen alarde de cumplirlo. Jesús los está denunciando con esta parábola. Por el contrario, los pecadores, a quienes el Señor ejemplifica con lo más bajo de la sociedad de su tiempo, aunque no dice que hacen cosas buenas resultan ser mejores creyentes y se abren más a la propuesta de la gracia, la que el mismo Señor trae con su predicación y sus obras. De donde entendemos que el objetivo primordial de la parábola no es oponer obras y palabras, sino denunciar el engaño de los que se creen que son buenos por lo que muestran mientras que por dentro no son como se muestran.

Por otra parte, de este ejemplo podemos aprender que nuestros tiempos malos en la vida no necesariamente son tiempos malditos o desperdiciados. De una actitud tan rebelde como la del segundo hijo pudo salir un momento de recapitación y conversión. No porque hayamos dicho con fuerza y aparente seguridad "no quiero" estamos ya condenados. Dios puede dar arrepentimiento. De hecho, se puede pensar incluso que esa misma rebeldía explícita puede servir como un medio para conocerse uno y para descubrir la verdad, horrenda pero cierta, de la propia insolencia. ¿Cuántos ateos y cuántos herejes han conocido la bondad de Dios después de aterrarse un día de la fealdad de su corazón? Por eso no debemos desesperar de nuestros errores pasados ni de las conversiones que

Dios pueda hacer en otros y en nosotros.

Mi buen amigo, se me hace tarde... Debo dejarte no sin antes agradecer el don de tu vida. Un abrazo y no te olvides de aquellos que comulgan a Cristo por primera vez y de los que están prisioneros del miedo, la ofuscación y la incertidumbre. Dios es Padre, Dios es bueno y bueno es todo lo que Él hace...

Doroteo.